

Autora: **Noelia Billi (Universidad de Buenos Aires / CONICET)**

Título: **“La materia del mundo: un libro infinito”**

Área y/o eje temático: **(1) Lecturas filosóficas**

Palabras clave: **Maurice Blanchot / Borges / infinito / impersonalidad / materialidad**

#### **LA MATERIA DEL MUNDO: UN LIBRO INFINITO**

En 1958, Maurice Blanchot publica en la *Nouvelle Revue Française* (NRF) el artículo “L’infini et l’infini”<sup>1</sup>, en el cual se refiere a Henri Michaux y Jorge Luis Borges. En publicaciones posteriores, algunos párrafos de aquel texto serían publicados por separado en *Le Livre à venir* (1959) bajo el nombre “L’Infini littéraire: L’Aleph”<sup>2</sup>. Allí se condensan un conjunto de problemas que afectan por igual a la ontología y a la literatura, tal como son pensadas por Blanchot y por Borges: primero el infinito, pero a partir de este, las tensiones que provienen de la manifestación de lo impersonal en la escritura. En esta exposición recorreré la lectura que Blanchot realiza

---

<sup>1</sup> El artículo es recogido en Blanchot, *La condition critique* 255-269.

<sup>2</sup> Blanchot, *Le livre à venir*. Para todas las citas utilizo la traducción consignada en la Bibliografía. El artículo que se refiere a Borges se titula “El infinito literario: el Aleph” (Blanchot, *El libro que vendrá* 109-112).

del pensamiento de lo infinito borgeano<sup>3</sup>: el escritor francés intenta mostrar que lo que para la filosofía –especialmente, la hegeliana– puede constituir un ‘error’, es para la literatura ‘su verdad’. Así pues, al leer a Blanchot leyendo a Borges se tratará de estudiar cómo el ‘error’ en el que se funda la literatura es, a la vez, aquello que abre paso a una ontología de lo indiferenciado y lo impersonal.

En efecto, para Blanchot la literatura es el ámbito privilegiado en que se muestra cómo el error (lo ficticio, pero también lo falsificado y lo artificial) es aquello que aporta densidad al mundo, en la medida en que *lo irreal* es el nombre que damos al repertorio de fuerzas heterogéneas que componen lo existente, mientras que *lo real* es un ‘enflaquecimiento’ de este espacio múltiple.

El hecho de que Blanchot elija el cuento “El Aleph” como paradigma de lo infinito borgeano, da cuenta de una lectura que intentará sentar sobre una base material las variaciones borgeanas en torno al tema, efectuando de tal modo un desplazamiento de la modalidad idealista que suele adoptar la temática en el contexto de la escritura borgeana.

Me gustaría señalar dos razones que creo hacen interesante el cruce de miradas entre Blanchot y Borges desde un punto de vista ‘ontológico’ que a veces no es tan frecuentado.

La primera de ellas es una ausencia que, por poco que se hayan frecuentado ambas obras, debe saltar rápidamente a la vista. Teniendo en cuenta que la muerte es un motivo obsesivo de la obra blanchotiana, es extraño que el escritor francés no haga ningún

---

<sup>3</sup> Hay algunos artículos que abordan la relación Borges-Blanchot, aunque no comparten el enfoque aquí adoptado (el infinito y lo imaginario como clave de la materialidad impersonal). Cfr. Rodríguez Monegal, Françoise Collin y Rodrigo Guimaraes.

comentario respecto del tratamiento del tema en Borges. Incluso abordando la cuestión de lo infinito, que será al fin de cuentas aquello que tratará con algún detalle, Blanchot no comentará los cuentos borgeanos que trabajan la inmortalidad o la espectralidad del hombre a partir de cierta ‘infinitud’ dada en el ámbito de lo temporal.

El segundo señalamiento explicará, quizá, la perplejidad recién mencionada. Habiendo elegido un tema, lo infinito, Blanchot apunta a un relato particular en el cual el infinito es *espacial*. Se trata, como decíamos antes de “El Aleph”<sup>4</sup>. Se recordará que en este texto, el narrador Borges da con este extraño punto en el cual “millones de actos deleitables o atroces [...] ocupa[n] el mismo punto, sin superposición y sin transparencia” (Borges, *El Aleph* 164). Espacial, entonces, será la forma bajo la cual a Borges le ha sido dado el infinito, un infinito que Blanchot no vacila en llamar ‘literario’.

Creo que es importante rescatar esta lectura blanchotiana, por cuanto a través de ella se pone de relieve un aspecto que, a veces, es ocultado por la clara primacía dada por Borges mismo al tiempo por sobre el espacio. Lo que quisiera hacer a continuación es explicar esta lectura en el contexto de la obra blanchotiana y señalar algunos de sus efectos en el texto borgeano.

Si se lee el texto sobre Borges tal como fue recortado por Blanchot a fin de ser incluido en *Le livre à venir*, puede hallarse para el mismo un contexto argumental en el cual el escritor francés desarrolla una idea de la lectura que recusa el uso del símbolo como herramienta interpretativa y da paso a la *imagen* como umbral de significación de la literatura primero, y de la realidad después.

---

<sup>4</sup> Borges, *El Aleph* 151-169.

En efecto, primero en “La palabra profética” y luego en “El secreto del Golem” (Blanchot, *El libro que vendrá* 91-108), se plasma la decisión de lectura anti-simbólica y anti-alegórica de Blanchot, decisión que apunta contra la tradición hermenéutica (en filosofía), contra la tradición psicoanalítica, pero sobre todo –lo que nos va a importar más aquí– contra el escamoteo de una cierta fuerza de las palabras, contra su ‘verdad’ y su carnadura. Yo arriesgaría: contra la ‘espiritualización’ de la palabra o la escritura, y a favor de su materialidad. “Cada vez que una palabra muy fuerte nos molesta, decimos: es un símbolo” escribe Blanchot (97), encaminándose hacia un terreno que será el que privilegie en su brevísima lectura de Borges: el terreno de la imagen, de lo imaginario como trascendental –como condición de posibilidad– de lo real. ¿Por qué señalo que ir desde el símbolo hacia la imagen supone el rechazo de una cierta “idealización” o “espiritualización” de la palabra? Para la tradición occidental, el símbolo supone la escisión de dos planos, uno que se manifiesta en la superficie y otro que se oculta en las profundidades. A partir de esta división (que no puede sino tener consecuencias ontológicas, como lo ha demostrado la escritura de Nietzsche hasta el hartazgo), aquello que aparece (se ve, se escucha, en fin, se siente *sensorialmente*) es un elemento que no tiene ‘realidad’ en sí mismo, sino que es la mera referencia a otra cosa que no aparece. Con el ser y el aparecer escindidos estamos en el escenario de la representación tal como la modernidad lo ha instalado: lo que afecta sensorialmente es un sucedáneo irreal y sin sustancia de aquello que sólo puede ser descifrado, inteligido en el símbolo. Lo inteligible, entonces, que encierra al símbolo en su mera apariencia borrosa y derivada, y que constituye la ‘verdad’ de lo que se lee: esta es la versión de la escritura a la que Blanchot se opone<sup>5</sup>. Y si bien en principio pareciera indicar que esta crítica se basa en la

---

<sup>5</sup> Es cierto que en le *Livre à venir*, la argumentación blanchotiana va y viene *dentro* de la significación de

experiencia del escritor (habida cuenta que la traducción ‘simbólica’ es inevitable para que el lector se conecte con la obra), cuando Blanchot borre los límites entre escritura y lectura, entre escritura y traducción, su crítica será coextensiva a todo lo que existe en y a través el lenguaje, es decir, al mundo entero, pero al mundo como imagen.

¿Qué es la imagen? Primero es la esencia de lo literario, aquello que fascina al escritor, su “pasión extraña” (Blanchot, *El libro que vendrá* 106). Es, en consecuencia, lo que lo destituye por principio del lugar de autor, de sujeto propietario de sus palabras. Extrañado y pasivo (otro modo de describir al muriente), el escritor tiene la necesidad de mantenerse en la cercanía de la imagen que lo asedia, próximo a esa imagen que es animada por su propia muerte. Él ensaya incansablemente el relato de esa imagen, pero se da cuenta de que cuanto más cerca se siente de lograrlo, más escapa ello a sus posibilidades. Ante lo imposible del relato, al escritor sólo le resta referirse a esta imposibilidad, contar cómo no halla el tiempo para escribir. Así el relato se convierte en la relación de un tiempo imposible. ¿Qué sería un tiempo imposible? Un tiempo que no puede encontrarse a sí mismo por cuanto cada vez que retorna sobre sí, ya ha pasado, sin memoria de lo que ha sido y sin previsión de lo que será. La torsión de este imposible ser es lo que espacializa el tiempo. Rechazando la linealidad, incapaz de adoptar el modo de lo sucesivo, el tiempo en que el relato quiere ser se ha vuelto espacio: ámbito de la simultaneidad, de la extensión, de las propiedades extensivas.

---

lo simbólico: es un movimiento que si bien ensaya el rechazo entiende que el único modo de escapar al cerco impuesto por lo simbólico es tomar elementos que le son propios a ese mismo ámbito y volverlos contra él. Esto explica que, en un primer momento, el escritor francés oponga al símbolo la ‘experiencia simbólica’, lo cual le permite crear una plataforma a partir de la cual alejarse del *símbolo* y encaminarse hacia su definitivo reemplazo por la *imagen*.

En atención a lo dicho, debemos señalar que la imagen es lo que resta cuando el relato se transforma en puro tiempo, y éste se convierte en espacio. La imagen como espaciamiento del tiempo del relato, como perversión funesta de la narración de la obra que el autor quisiera llevar a cabo y que se le escapa. ¿Cuál es el estatuto de esta imagen? Esta es la pregunta que nos permite abordar el artículo sobre Borges.

“Hablando sobre el infinito, Borges dice que esta idea corrompe a las otras”, cita Blanchot (109). El lector asiduo de Borges sabrá que es esta corrupción la que la mayoría de sus textos recorren con fruición. Como bien señala el escritor francés, la aseveración borgeana se halla en consonancia con el dictamen hegeliano que señala como un error no *todo* infinito, sino aquel que adjetivará como ‘malo’. A diferencia del ‘buen’ infinito –que ostenta la perfección del proceso que tiene un fin y que lo alcanza, y cuyo paradigma es Dios (infinitud autocontenida y autocreadora, homogeneidad de las partes que conforman un todo racional)–, el ‘aciago’ infinito es el modo en que Hegel nombra a esa aberración de la razón que es el devenir incesante sin meta a la vista, sin posibilidad de acabamiento o término, lo heterogéneo que puede articularse pero no replegarse sobre la identidad de lo mismo. Este ‘mal’ infinito es, en efecto, lo que arruina el tiempo lineal en la medida en que anula la posibilidad de la teleología o de la escatología. El ejemplo privilegiado de este aciago infinito es la línea recta que avanza sin límites: absurda, irracional, separable en cada uno de sus momentos sin lograr una relación interna entre ellos. Por este camino se llega a la idea antes expuesta acerca de la espacialidad o espacialización del tiempo: la noción según la cual hay una temporalidad en *loop* que se cruza consigo misma, cuyos momentos (pasado, presente y futuro) ya no guardan un orden sucesivo sino que se entrecruzan caprichosamente.

El carácter ‘irracional’ de este infinito es lo que llevó a Hegel a declararlo un error. Si se traspasan dichos caracteres al ámbito literario (como hace Blanchot al indicar que tal ‘error’ filosófico constituiría la ‘verdad’ de la literatura) estaremos en condiciones de comprender la esencia –por cierto inesencial– de la literatura: la imagen. Si “felizmente, el mundo en que vivimos, y tal como lo vivimos, es limitado” (109), ello quiere decir que lo que conocemos como real es una limitación, un enflaquecimiento, una selección realizada a partir de una infinita proliferación de posibles. ¿Cuál sería entonces el lugar de lo imaginario en “este mundo en que vivimos”? Poco a poco Blanchot dará cuenta de los efectos ontológicos de la afirmación ‘literaria’ de lo infinito. Partiendo de la convicción borgeana de que “el libro es el mundo y el mundo es un libro”, el escritor francés describe dos de las “temibles consecuencias” que se desprenden de dicha “inocente tautología” (110): (i) la imposibilidad de delimitar un ámbito de lo literario de uno que no lo es, lo cual implica que libro y mundo se reflejan mutuamente en un “laberinto de luz”: el mundo y el libro como espejos y como fuentes de imágenes en una reverberación incesante que hunde en lo inmemorial toda noción de origen; (ii) por extensión de (i), la contaminación del mundo con el ‘error’ de lo imaginario.

Sin embargo, el paso ulterior que da Blanchot es lo que me resulta más interesante de esta lectura. Porque si la “falsificación universal es todavía en nombre de una verdad tal vez inaccesible pero venerable” (111), entonces la escisión de dos planos, la ontología que traía consigo el símbolo, se perpetúa: aun si no pudiéramos sospechar lo real, la asignación de lo real a otro mundo (diferente al que vivimos) ya es en sí misma la limitación de aquella falsificación, un dique a la proliferación del error de lo imaginario. Por ello Blanchot se apura a destacar lo que podría llamarse el carácter



**BORGES LECTOR**  
**JORNADAS INTERNACIONALES**  
**ORGANIZADAS POR LA BIBLIOTECA NACIONAL**  
24, 25 y 26 de Agosto de 2011

‘ateo’ del planteo borgeano: “Borges comprende que la peligrosa dignidad de la literatura [...] consiste [...] en hacernos experimentar el acercamiento de una extraña fuerza, neutra e impersonal [...]. Porque lo esencial es la literatura y no los individuos, y porque, dentro de la literatura, lo esencial es que ésta sea impersonalmente, en cada libro, la unidad inagotable [el mal infinito, entonces. NB] de un solo libro y la saciada repetición [nuevamente esa mala infinitud que no puede ser recogida y acabada como un proceso. NB] de todos los libros” (111. Las interpolaciones entre corchetes son mías).

El espacio literario tal como es, entonces, imaginado por Borges encuentra su paradigma en “el prodigioso y abominable Aleph”, punto que contiene todo, visto desde todas las perspectivas posibles (incompatibles entre sí y por tanto, imposibles). La imagen (sustento irreal de la realidad, condición de imposibilidad de lo posible, trascendental material del mundo inteligible) quedará, en lo sucesivo, definida por esta esencia: la de no tener una ‘verdad’ o esencia, la de no ser asignable a un ‘original’, la de problematizar las delimitaciones binarias más habituales (lo verdadero y lo falso, lo real y lo irreal, el mundo y la literatura) hasta dar en la médula del concepto de ‘límite’ y desarmar así la ontología occidental. Esta tambalea en la medida en que se hace manifiesta la arbitrariedad de postular sujetos, propiedades y esencias, toda una constelación que oculta su carácter ficcional al imponerse como Reales cuando, en rigor, no son más que facilidades tranquilizadoras que adoptamos para vivir. Por eso la literatura, y a través de ella el mundo todo, inquieta: porque nos aproxima a lo impersonal que destituye subjetividades y que hace descender del cielo a los astros que nos guían a través del universo. Más aún cuando el desastre es esta condición absolutamente material que hace al existir, que nos abisma a una existencia neutra en la

cual no es posible distinguir claramente real de irreal, verdadero de falso, humano de no humano.

Es por lo antedicho que, al inicio, mencioné la importancia de que sea un infinito *espacial* (el Aleph, donde prima la simultaneidad que abole al tiempo lineal) aquello que Blanchot elige como ángulo de intervención de la obra de Borges y como modelo de la problematización de la ontología tradicional: porque es sólo en el desplazamiento de la temporalidad moderna que puede hacerse justicia a una ontología que –más cercana a los juegos borgeanos– se espacializa, se imagina y sueña consigo misma, sin la inconfesable necesidad de apelar a un creador.

En efecto, cuando al principio me referí a un cierto ‘idealismo’ que Borges tiende a manifestar en su pensamiento del tiempo, era en razón de la reiterada idea del escritor de que el tiempo puede (y debe) concebirse en prescindencia del espacio<sup>6</sup>. Se trataría, en tal caso, de idealismo por cuanto el tiempo sin espacio supone, en última instancia, la identificación de la subjetividad con la conciencia, esto es: la constitución de un campo subjetivo puramente intencional e individual, y sobre todo anterior al encuentro con los otros. Como se sabe, el estudio de la filosofía moderna ‘idealista’ (la de autores como Berkeley, Hume, Locke) muestra la necesidad de postular un Dios que haga las veces de garante de la existencia individual y que asegure, en última instancia, la continuidad de un mundo que parecería cesar de existir cada vez que la atención del individuo no recae sobre él. Cuando con el siglo XX comience a hacerse evidente que tal fundamento divino de la existencia se ausenta, será posible a la vez habitar de otra manera el mundo:

---

<sup>6</sup> Los argumentos borgeanos varían con el tiempo, aunque hay un núcleo que perdura: precisamente el de la primacía del tiempo sobre el espacio. Puede consultarse, por ejemplo, “Nueva refutación del tiempo” (Borges, *Otras inquisiciones*, 257-287).

en las grietas de la metafísica idealista comenzará a dejarse sentir la materia del mundo, una materia que no se totaliza porque no es dominada por un creador que le impone una temporalidad estableciéndole fines. Es allí que el mundo se hará pensable como ese infinito cuya imaginación impregna tantos relatos borgeanos, un infinito que aglutina imposibles y cuya ‘irrealidad literaria’, cuyo ‘error’, anima la lectura blanchotiana.

Podría pensarse sin dificultad que esta ‘materia del mundo’ no es otra cosa que la lengua que, con la fuerza de su materialidad, atraviesa a los seres y genera adensamientos que constituirán las más diversas singularidades, ya se trate de hombres, libros, piedras o fantasmas. Esta es una de las maneras de interpretar la inveterada concepción borgeana –compartida por Blanchot y toda una generación de pensadores franceses que escribieron después de él– de que hay un solo libro (la literatura al fin de cuentas, o en términos blanchotianos: el espacio literario) que no pertenece al tiempo ni es asignable a un autor. Ese libro “intemporal y anónimo” (como era toda la literatura de Tlön, por ejemplo), cuyos márgenes se borronean hasta confundirse con el mundo es lo que dará lugar a ese mundo tan particular que es el de la biblioteca, espacio compartido por Borges y por Blanchot<sup>7</sup>, materialidad impersonal del archivo imaginario que reúne y escinde el presente.

---

<sup>7</sup> La referencia a la biblioteca es una constante en la escritura borgeana, básteme aquí mencionar la “Biblioteca de Babel” (1941) como mero indicador para el improbable lector desprevenido. Sin embargo, quizá sea menos conocido el tránsito de la escritura blanchotiana por el tema de la biblioteca. Desde una perspectiva comparativa, sería en verdad enriquecedor emprender el examen de aquel texto borgeano con el relato de Blanchot de 1935, “La última palabra” [“Le dernier mot”] publicado por primera vez recién en 1951, junto a otro relato bajo el nombre de *Le Ressassement éternel*. En este breve relato, que gira en torno a las palabras que articulan muchedumbres sin rumbo, se percibe con fuerza la inquietud ante una biblioteca vacía y destruida, en donde son encerrados y obligados a leer algunos personajes sin nombre. El relato finaliza con la reducción a cenizas de una torre de índole babélica. Creo que una ‘lectura comparada’ de ambos relatos permitiría un mapeo de ciertas figuras que inervaron la imaginación

Obras citadas

BLANCHOT, Maurice. "L'infini et l'infini". En: *La condition critique. Articles, 1945-1998*. París: Gallimard, 2010. p. 255-269.

BLANCHOT, Maurice. *Le livre à venir*. Paris: Gallimard, 1959.

BLANCHOT, Maurice. *El libro que vendrá*. Trad. de P. de Place. Caracas: Monte Avila Latinoamericana, 1992.

BLANCHOT, Maurice. *Après coup*. Précédé par *Le Ressassement éternel*. Paris: Éd. de Minuit, 1983 [Se cita de acuerdo a: *Tiempo después*, seguido de *La eterna reiteración*. Trad. de R. Martínez. Madrid: Arena, 2003.]

BORGES, Jorge Luis. "El Aleph". En: *El Aleph*. Buenos Aires: EMECÉ, 1957. p. 151-169.

BORGES, Jorge Luis. "Nueva refutación del tiempo". En: *Otras inquisiciones* (1952). Madrid: Alianza, 1998. p. 257-287.

BORGES, Jorge Luis. "Biblioteca de Babel". En: *Ficciones* (1944). Madrid: Alianza, 1998. p. 86-99.

COLLIN, Françoise. "The Third Tiger; or, From Blanchot to Borges". En: *Borges and his successors: the Borgesian impact on literature and the arts*. Ed. Edna Aizenberg. Missouri: University of Missouri Press, 1990. p. 80-95.

GUIMARAES, Rodrigo. "Jorge Luis Borges e Maurice Blanchot: Os *pharmakós* da escritura". *Acta literaria*, 2008, núm. 37, p. 97-109.

---

borgesiana y blanchotiana por igual, aunque con diferentes matices y bajo diversas presiones histórico-sociales (las guerras mundiales con sede en Europa, en el caso de Blanchot; la así llamada 'década infame' en el caso de Borges).



**BORGES LECTOR**  
**JORNADAS INTERNACIONALES**  
**ORGANIZADAS POR LA BIBLIOTECA NACIONAL**  
24, 25 y 26 de Agosto de 2011

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. "Borges y Nouvelle Critique". *Revista Iberoamericana*,  
1972, vol. 3, núm. 80, p. 367-390.